

El significado lingüístico y social del Judeo-árabe

MONTSERRAT ABUMALHAM
Universidad Complutense

Es un hecho aceptado denominar judeo-árabe a la lengua árabe utilizada por los judíos asentados en territorios dominados por el Islam desde el primer siglo de la *hégira*. Esta denominación puede extenderse en el tiempo hasta el presente, puesto que son muchos los judíos que han permanecido en territorios de mayoría musulmana y cuyos habitantes poseen como lengua vernácula el árabe¹. No obstante, la mayor parte de los estudios se centran en tres épocas: 1. — Los inicios de la conquista musulmana²; 2. — la Edad Media hasta el siglo XIII, época de esplendor del Islam³; 3. — la situación actual, en la que se estudia el árabe usado por comunidades judías en vías de desaparición⁴.

Este planteamiento supone el estudio del judeo-árabe como una lengua prácticamente extinguida, lo que podría ser objeto de discusión y, por otra parte, excluye el estudio del árabe empleado por las tribus judías de la Península Arábiga, antes de la aparición del Islam⁵.

¹ Véase el caso de los judíos magrebies y en particular los judíos de Marruecos, *Cfr.* H. Zafrani, *Mille Ans de vie juive au Maroc*, Paris, 1983.

² J. Blau sitúa la aparición del Arabe Medio en el I siglo musulmán (s. VII-VIII d.C.) a partir de textos palestinenses (*Cfr. The Emergence and the Linguistic Background of Ludaeo-Arabic*, Oxford, 1981 y *Studies in Middle Arabic and its Judaeo-Arabic Variety*, Jerusalem, 1988.). Ello permite pensar que los judíos se arabizarían al mismo ritmo que el resto de comunidades no-musulmanas, aunque los primeros testimonios escritos rondan el siglo X d.C.

³ S.D. Goitein en *Jews and Arabs. Their Contact through the Ages*, New York, 1974, establece una cronología de relaciones entre árabes musulmanes y judíos.

⁴ La bibliografía en este campo es bastante amplia y se refiere fundamentalmente a los judíos de Yemen que emigraron al Estado de Israel, a este respecto se puede consultar la obra de Moshe Pianta que llevó a cabo un conocido diccionario de judeoárabe yemení (*Dictionary of Yemenite Judaeo-Arabic*, 2 vols. Leiden, 1991-92) o a las comunidades de judíos del Magreb y sus hablas específicas; entre muchos otros se puede ver la obra de Moshe Bar-Asher *La composante hebraïque du Judeo-Arabe algerien (communautés de Tlemcen et Aïn-Temouchent)*, Jerusalem, 1992.

⁵ N. Stillman, *The Jews of Arab Lands: A History and Source Book*, Philadelphia, 1979.

El elemento clave para establecer la cronología del judeo-árabe lo supone el hecho no sólo de la adopción del árabe por parte de las comunidades judías, sino, más bien, su uso como lengua de cultura. Así, desaparece del horizonte el estudio del árabe preislámico utilizado por las tribus judías, y la mayor antigüedad de esta lengua se observa a partir del siglo I de la *hégira*, como muestra del uso de variantes lingüísticas diferentes del Árabe Clásico. Es decir, a partir de los primeros años de expansión del Islam y de consolidación del Imperio árabe-islámico, en los que los judíos, como otros grupos; cristianos de lengua originariamente siríaca o griega o grupos de lengua persa, se arabizaron, cediendo al empuje cultural del Imperio naciente.

Por otra parte, cuando se habla de judeo-árabe no se está hablando de un único registro lingüístico sino de varios, de igual manera que tampoco se reduce a un territorio geográfico determinado ni a un tiempo concreto. Así pues, se hace necesario delimitar esos espacios y las finalidades de un determinado registro lingüístico para saber cuáles son los rasgos dominantes y precisar, por otra parte, la cercanía o lejanía de un concreto registro con respecto a los registros lingüísticos de los coetáneos musulmanes o cristianos.

Dicho de otro modo, resulta imprescindible establecer las semejanzas o diferencias entre la lengua usada por los judíos y por los otros habitantes no-judíos de un mismo territorio en una misma época con el fin de establecer las isoglosas de ese espacio temporal y geográfico.

Los contenidos y la finalidad de la documentación objeto de análisis permiten establecer una primera división en registros lingüísticos diferentes. Los textos que denominamos *científicos*, en un sentido muy amplio, podríamos decir, de un modo general, que se encuentran en el registro conocido por Árabe Medio⁶, que es el empleado también por muchos autores musulmanes.

En este sentido, lo que distinguiría a un texto *judeo-árabe* de un texto *árabe* sería el contenido y el/los destinatarios del texto. La materia contenida en estos textos judeo-árabes sería de consumo interior de las comunidades judías y del interés por este contenido quedarían excluidos los no-judíos. A este registro pueden pertenecer también textos escritos por autores judíos y que no tienen por destinatarios únicamente a los miembros de su comunidad, sino que compiten en el campo del saber general con los escritos de autores musulmanes. En el primero de los casos, podríamos englobar obras de traducción bíblica⁷, de gramática, retórica o lexicografía. En el segundo de los casos, obras médicas o filosóficas.

⁶ J. Blau, "Classical Arabic, Middle Arabic, Middle Arabic Literary Standard, Judaeo-Arabic and Related Terms", en S.B. Hoening y L.D. Stiskin (eds.), *Joshua Finkel Festschrift*, New York, 1974, pp. 37-40.

⁷ A título informativo conviene señalar que bajo la coordinación de L. Girón se están recogiendo variantes en diversas lenguas del texto bíblico de Gn 1 y 2,4a, entre las que figuran la versión árabe de R. Sa'adya Gaon, a cargo de M^o Angeles Gallego y la versión árabe cristiana autorizada por la iglesia católica, a cargo de Pilar González. (ambas versiones bajo la supervisión de M. Abumalham) Cfr. Luis Girón (coord.), *Narraciones de la Creación. Génesis 1-2.4, Cuadernos. 'Thu, Revista de Ciencias de las Religiones*, 4 (2001).

Otro gran número de textos, a los que llamamos *textos civiles* o *privados*, pueden presentar diversos registros lingüísticos más cercanos a la lengua de habla y comunicación diaria, y en algunos casos podemos hablar de registro dialectal. Los autores de los textos y la funcionalidad de los mismos nos darán idea de que esos textos pertenecen al judeo-árabe. Es decir, si se trata de textos redactados por judíos o tienen alguna vinculación con la vida diaria interna de las comunidades. Así pues, aquí nos encontramos con contratos, cartas privadas, contabilidades, anotaciones de agenda personal o trabajos escolares. Estos textos tienen por otra parte un carácter funcional, porque no pretenden ser obras literarias ni de pensamiento, sino que responden a las necesidades de la vida cotidiana. En ellos, pues, los autores no se esfuerzan en mantener un estilo ni en arropar sus anotaciones e ideas con un lenguaje retórico que responda a la estética del momento literario o artístico. Por esta razón muestran un registro lingüístico en todo similar al habla.

Otro tercer cuerpo de textos, cuyo registro lingüístico sería plenamente dialectal, lo constituirían textos tardíos de carácter literario de diversa procedencia que se habrían conservado por vía oral y que, en algún momento, son recogidos por escrito. En este apartado encontraríamos narraciones piadosas o de carácter fantástico; cuentos⁸, y oraciones populares⁹.

Uno de los rasgos que ha distinguido al judeo-árabe del resto de las expresiones en lengua árabe ha sido la grafía. Se ha venido afirmando que los judíos utilizaban prácticamente desde el principio de su arabización la grafía hebrea para sus escritos en árabe.

Las razones para el uso de esta especie de *aljamia* son, por una parte, el respeto a la grafía de la *Lengua Santa* y, por otra parte, el deseo de ocultar sus escritos a los musulmanes¹⁰. No obstante y aunque ésta sigue siendo una cuestión sometida a debate, parece bastante claro que ambas grafías, hebrea y árabe, debieron alternar durante bastante tiempo sin que la balanza se inclinara definitivamente por una o por otra. Es de señalar, sin embargo, que, desde muy pronto, y en particular en el caso de textos literarios, éstos se

⁸ A. Amahjour se encuentra realizando como Tesis doctoral, bajo mi dirección y la de la profesora A. Navarro, la edición y traducción española de una colección de narraciones de las características apuntadas, editada en Argelia a finales del siglo XIX y comienzos del XX, cuyo registro responde al árabe argelino-marroquí.

⁹ Son especialmente curiosos los textos recogidos por I. Ben-Ami en, *Culte des Saints et Pèlerinages Judéo-Musulmans au Maroc*, Paris, 1990.

¹⁰ En determinadas épocas las autoridades musulmanas llegaron a prohibir que cristianos y musulmanes poseyeran libros escritos por musulmanes (Cfr. E. García Gómez, *Sevilla a comienzos del siglo XII. El Tratado de Ibn Abdun*, Madrid, 1948, reed. facsimil, Sevilla, 1998, pp. 172-173). Muchas obras de autores musulmanes fueron copiadas en grafía árabe para poder conservarlas en las bibliotecas privadas de eruditos judíos.

copiaron en grafía hebrea¹¹ cuando aún corrían copias en grafía árabe que respondían a los originales. Así pues, parece bastante seguro que los originales se escribieran en grafía árabe y pronto fueran copiados con grafía hebrea. Es posible así mismo que, en épocas tardías —el entorno de los siglos XII y XIII— o entre personas poco letradas y para textos privados se utilizase la grafía hebrea de una forma habitual¹².

Otra de las características fundamentales para poder aplicar a estos textos el denominativo específico de *judeo-árabe* la constituye la aparición de términos en hebreo o arameo. Se trata fundamentalmente de términos relativos a instituciones o conceptos propios del Judaísmo, aunque también se interpolan textos bíblicos o la frecuencia de uso de abreviaturas para el nombre de Dios, para los tratamientos de respeto, las cifras o las jaculatorias, empleos éstos privativos de la lengua hebrea y poco comunes en el árabe de los musulmanes. Sin embargo, es digno de señalar que, en muchas ocasiones, aparece el nombre de Dios en árabe, *Allah*, y no la abreviatura hebrea, así como el término *Qur'an* por *Torah*, entre otros muy significativos. No obstante y como bien señala J. Blau, sean términos aislados o bien frases completas éstas aparecen en la secuencia sintáctica y a veces con transformaciones morfológicas propias del árabe. Es decir, los términos hebreos aparecen con frecuencia *arabizados*.

Cuando empleamos términos como Judeo-árabe y lo definimos como una variante particular del registro de la lengua árabe conocido como Arabe Medio, en realidad estamos estableciendo una distinción que depende en todo de la lengua conocida como Arabe Clásico y que funciona como modelo, pues sobre sus esquemas y modalidades se establecieron las gramáticas de la lengua árabe. La mayor o menor desviación con respecto a ese modelo es lo que nos permite distinguir entre Arabe Medio *estandar* o *subestandar* y dialectal. En una representación piramidal, el vértice superior lo ocuparía el AC, los escalones intermedios desde el más cercano al más lejano los ocuparían el AM estandar y el subestandar y, finalmente, la base la constituiría el dialectal. Raramente este último registro aparece representado por materiales escritos y, desde luego, casi nunca de carácter literario.

La lengua literaria se identifica con el AC y únicamente determinados autores de diversas épocas introdujeron, entre los musulmanes, el AM *subestandar* o el dialectal en sus escritos. Este sería el caso del poeta popular Ibn Quzman o el místico Al-Sustari, ambos andalusíes. La repugnancia a utilizar los dialectales entre los musulmanes se explica por el prestigio del AC que representa a la lengua del Corán y de la tradición literaria. Sin embargo, autores musulmanes marginales socialmente —los casos de Ibn Quzman o Sustari lo son—, no tendrían empacho en utilizar su lengua dialectal como un signo más de

¹¹ Véase la introducción de M. Abumalham, (ed.trad.) *Kitab al-Muhadara wa-l-Mudakara de Mose ibn Ezra*. CSIC, 2 vols. Madrid, 1985-86.

¹² A título de ejemplo véase la carta editada por J. Blau y S. Hopkins, en "A Vocalized Judeo-Arabic Letter from Cairo Geniza", *Jerusalem Studies in Arabic and Islam* 6 (1985), pp. 417-476.

su posición vital. Tampoco se produce esa repugnancia en géneros literarios considerados menores o populares. Así mismo, cristianos y judíos que, aunque compartían lengua y cultura, poseían su propia tradición religiosa y literaria tampoco se sentirían constreñidos por la fuerza y prestigio del modelo coránico.

En este punto, pues, introducimos un elemento extra-lingüístico para definir de alguna manera ese AM y su variante judeo-árabe; el elemento social y religioso¹³. Es decir, se trata de un registro lingüístico empleado normalmente para la escritura por comunidades no-musulmanas.

Mientras los cristianos emplean el AM, o árabe cristiano, para sus escritos comunitarios y religiosos y componen literatura profana en AC, los judíos, sin embargo, emplean el AM, generalmente de registro alto, para sus obras de carácter científico o religioso y reservan la lengua hebrea para la poesía. Al menos en la época llamada del *judeo-árabe clásico*, es decir, en época medieval. Al igual que los musulmanes que consideran superior la lengua coránica, los judíos consideran al hebreo la *lengua santa* y ello les lleva a componer en esta lengua lo más depurado de su producción literaria, aunque adapten los metros y figuras retóricas de la lengua árabe¹⁴.

Los sabios tanto cristianos como judíos son conscientes de la creciente arabización de sus correligionarios y, por ello, adoptan la lengua vernácula como medio de difusión de aquello que toca a la dimensión religiosa, pues se halla en juego la correcta comprensión de la *Escritura* y, por tanto, la ortodoxia¹⁵ y el mantenimiento de la tradición.

Así lo expresa Yehuda ibn Tibbon (m. 1190), el llamado *padre de los traductores*, en el prólogo a su traducción de la obra de Bahya Ibn Paquda, *Kitab al-Hidaya ila Fara'id al-qulub*, (*Sefer Torat Hobot ha-Lebabot*), donde dice:

«La mayor parte de los Gaones en la diáspora en zona islámica, tanto en Babilonia, Palestina o Persia, hablaba árabe, e igualmente, las comunidades judías en esos países usaban la misma lengua. Así pues, en los comentarios que aquellos escribieron sobre la Biblia, la Misna y

¹³ Se ha llegado a afirmar que el árabe utilizado por judíos y cristianos es más bien un *sociolecto*. En este sentido, véanse, entre otros, los trabajos de David Cohen, Joseph Chétrit o Joshua Fishman.

¹⁴ Véase por ejemplo el caso de Mose ibn 'Ezra, Cfr. M. Abumalham, (ed trad.) *Kitab al-Muhadara wa-l-Mudakara de Mose ibn Ezra*, CSIC, 2 vols. Madrid, 1985-86.

¹⁵ Ello explica la virulencia de las controversias entre gramáticos cuando discuten la adscripción de una palabra del texto bíblico a una raíz u otra; se halla en juego la recta comprensión del texto revelado. Las disputas entre Yonah ibn Yanah e Ibn Nagrella y sus discípulos son buena muestra de ello. Cfr. M^a Angeles Gallego García, *Una obra gramatical de Yonah ibn Yanah (Edición, traducción y Estudio lingüístico del Kitab al-taswi'a, (TD), Madrid, 1996.*

el Talmud utilizaron la lengua árabe, al igual que en otro tipo de obras que ellos mismos escribieron, incluso en sus *Responsa*, porque todo el mundo entendía esta lengua.»

Por otra parte, la dispersión de las comunidades judías a lo largo y ancho de todo el Imperio árabo-musulmán, hecho que constituye un serio impedimento para la comunicación, se subsana y palió mediante el empleo de la lengua árabe, que es una lengua compartida, a pesar de las diferentes variedades dialectales.

El sistema de transliteración de la lengua árabe a la grafía hebrea es bastante estable y queda fijado de manera sorprendentemente rígida¹⁶ porque contribuye a evitar el efecto diferenciador de las variantes dialectales. De este modo el uso del árabe en escritura hebrea constituye un medio de comunicación eficaz para la finalidad pretendida; difundir los avances científicos y, en particular, los conocimientos acerca de la lengua hebrea misma, base de la *Escritura*.

De este modo, el judeo-árabe se convierte en buena medida en una lengua instrumental para el desarrollo del conocimiento religioso. Dicho de otro modo, la adopción de la lengua árabe como lengua de cultura es un signo más del interés por la lengua hebrea y el texto sagrado. Podríamos decir que existe un motor religioso que hace avanzar los estudios bíblicos utilizando como medio la lengua árabe.

El uso de la lengua árabe como lengua de comunicación es, además y en sí mismo, un acicate para el estudio de la lengua hebrea, aunque pudiera parecer paradójico. La conciencia de la asimilación de la lengua y cultura árabes desata la necesidad de volver a prestar toda la atención a la lengua hebrea para evitar su total pérdida. Un lugar perfecto para la observación de esta preocupación de los sabios judíos lo constituye Al-Andalus¹⁷ y su prolongación en el Norte de África, en donde se produce la mayor parte de obras de gramática hebrea y léxicos o diccionarios¹⁸ bíblicos escritos en lengua árabe¹⁹ durante la Edad Media.

¹⁶ A este respecto véase J. Blau, "Arabische Handschriften in hebraischer Schrift", en W. Fischer (ed.), *Grundriss der arabischen Philologie*; Wiesbaden, 1982; J. Blau y S. Hopkins, "On Early Judaeo-Arabic Orthography", *Zeitschrift für arabische Linguistik* 12 (1984) pp. 9-27.

¹⁷ N. Alony, *El resurgimiento de la lengua hebrea en Al-Andalus*, Madrid, 1995.

¹⁸ En 1994, Milagros Jiménez Sánchez, editó y tradujo, como Tesis doctoral, *El Libro de las raíces de Ibn Danan*, bajo la dirección de A. Sáenz-Badillos y M. Abumalham. El primer volumen con la edición del texto judeo-árabe se publicó en Granada en 1996. La traducción permanece inédita.

¹⁹ A. Sáenz-Badillos y J. Targarona, *Gramáticos hebreos de Al-Andalus (siglos X-XIII)*. Filología y Biblia, Córdoba, 1988.

De tal manera que observamos que, por partida doble, el judeo-árabe supone no sólo un modo de comunicación para el intercambio de conocimientos de carácter religioso, sino un arma poderosísima para evitar que la *Lengua santa* caiga en desuso. Así, se puede afirmar que el uso de la lengua árabe por parte de los judíos favoreció el desarrollo de ciencias como la gramática y la lexicografía y permitió la conservación y ordenamiento normativo de la lengua hebrea.

Pero, si en este sentido podemos hablar de una *lengua científica para el estudio de la religión*, el judeo-árabe, como el árabe empleado por los cristianos o el árabe andalusí, suponen eslabones preciosísimos para el conocimiento de la evolución de la lengua árabe y su historia y contribuyen a explicar con cierta claridad la génesis de los dialectos contemporáneos del árabe, así como a reconstruir la situación de pluralidad lingüística existente en la época preislámica. Si hoy podemos hablar de rasgos poco conservadores o conservadores en los dialectos del Arabe Antiguo (preislámico) podemos hacerlo gracias a unos pocos rastros que se han deslizado en el texto coránico, en la poesía o por los fenómenos recogidos por gramáticos y lexicógrafos clásicos. Pero, si podemos observar el carácter poco conservador y la tendencia claramente analítica del Neoárabe y sus orígenes, sólo lo podemos hacer gracias a estas lenguas de uso en comunidades no-musulmanas.

Todo ello nos permite, con una mayor perspectiva diacrónica, observar fenómenos y tendencias de la lengua árabe que se mueve siempre en el entorno de una cierta *diglosia*. Por una parte, la lengua culta, los dialectos antiguos de tendencia conservadora o la llamada *koiné literaria* de época preislámica, por otra, en periodo islámico, el Arabe Clásico, representado a partir de la aparición del Islam por el texto coránico y por la poesía clásica, coexistiendo en cada momento histórico con niveles de habla poco conservadores o con variantes dialectales de lengua vernácula. Este complejo sistema de convivencia de dos niveles lingüísticos diferentes, representados por una tendencia inicial sintética y por una paulatina tendencia analítica, se puede observar perfectamente y describir con cierto detalle gracias a la documentación judeo-árabe o la documentación cristiana.

La escasa presencia de documentación producida por musulmanes en registros dialectales o de AM, queda compensada por la abundancia de las producciones de judíos y cristianos. Si los contenidos no añaden demasiado a lo que ya conocemos de la civilización musulmana, en compensación completan el conocimiento que tenemos de las comunidades judía y cristiana y contribuyen a reconstruir el mapa total de la vida y costumbres en territorios musulmanes en donde coexistieron las tres comunidades.

El estudio de estas lenguas comunitarias permite además observar de cerca el fenómeno de lenguas en contacto, los procesos de aculturación e inculturación de los individuos y los resultados del intercambio cultural. Por otra parte, hay que señalar que el uso de la lengua árabe por parte de los judíos, si se observan en particular los textos *privados*, refleja un nivel de integración importante de las masas populares²⁰. Lo que

²⁰ Entre una amplia bibliografía puede consultarse S. Wasserstrom, *Islam and Judaism: 1400 Years of Shared Values*, Portland, 1991 o el clásico de S.D. Goitcin, *A*

parecía reservado a intelectuales y clases cultas se observa también en los simples ciudadanos, lo que nos permite matizar nuestra mirada sobre el pasado y, especialmente, elaborar modelos para el futuro en un presente en el que constantemente se habla de comunicación e interculturalidad.

Conclusiones

El estudio de los textos judeo-árabes nos pone en contacto con una variante lingüística del árabe de larga vida, casi quince siglos, que permite observar la evolución de la lengua árabe desde una posición privilegiada. Si bien no aporta gran cosa al conocimiento de la civilización musulmana, sí permite completar el panorama, en particular, en lo tocante a sistemas de integración o intercambio cultural de doble dirección.

Por otra parte, constatamos que el uso de la lengua árabe, fruto de una necesidad real de comunicación y adoctrinamiento, permite ampliar el campo de estudios sobre la conservación de la tradición religiosa y sobre la *Lengua Santa*. Dicho de otro modo, el uso del árabe por parte de los judíos asentados en zonas arabófonas, paradójicamente contribuye a la preservación de la lengua hebrea y de la identidad religiosa de las comunidades judías.

Sería interesante, en este sentido, llevar a cabo una labor de re-traducción bíblica, por ejemplo, a partir de las interpretaciones léxicas de alguno de los grandes compiladores de diccionarios bíblicos, por ejemplo Yonah ibn Yanah o Ibn Danan.

La mayor parte de los estudios acerca del judeo-árabe y, en particular, a partir del descubrimiento de los textos de la genizah de El Cairo, se ha centrado en la época medieval, sin duda la *Edad dorada* de la producción de los judíos en árabe. Una parte del interés se ha dedicado también a los restos a punto de extinción de comunidades que habitaron en el último siglo y medio en zona arabófona y que emigraron a Israel o a otros lugares tras los procesos de independencia de los países árabes, como es el caso de los judíos de Marruecos, Argelia, Siria o Iraq.

A pesar de ello y especialmente respecto a las grandes obras de época clásica, cuyos textos fueron editados mayoritariamente a finales del siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX, hay que decir que la revisión de muchas de esas ediciones se hace necesaria. Los criterios editoriales de hace más de cien años han quedado superados por los conocimientos actuales y, especialmente, por los nuevos materiales hallados, de manera que una parte de la labor investigadora debería dirigirse a reeditar obras ya conocidas, incorporando esos nuevos materiales y, sobre todo, las nuevas formas de edición más ajustadas a los avances que los estudios sobre dialectología han producido.

Asimismo, en el momento presente, sería labor importante para los lingüistas de campo el hacer estudios acerca de la nueva situación de contacto entre árabes y

Mediterranean Society: The Jewish Communities of the Arab World as Portrayed in the Documents of Cairo Genizah, Berkeley, 1988.

hebreoparlantes en Israel y la incidencia de los préstamos o contaminaciones, así como la influencia de los medios de comunicación en una y otra lengua. En mis últimas visitas a Israel he podido observar como entre la gente joven especialmente, además de la influencia del inglés y su *hebraización* en muchos casos, es frecuente el uso de vocablos árabes que se emplean casi como *slang* o la incorporación de términos árabes malsonantes. Estamos, pues, en un momento en el que ambas lenguas se hallan vivas y en contacto y el fenómeno es especialmente atractivo y quizá pudiera ser de utilidad para la observación de un territorio permanentemente en conflicto.